

sultados no han podido ser más estériles. Ni se han expropiado latifundios, ni ha habido verdadera colonización interior, ni se implantó el *Homestead* americano, ni se han llevado al campo escuelas agrícolas. Las dos terceras partes de la población española viven en el mayor desamparo. Ahora se habla mucho de los Cotos Sociales de Previsión; pero los que hay se pueden contar por los dedos de una mano, y además, sinceramente lo creemos, esa nobilísima institución tiene más de anhelo romántico que de eficacia práctica. Basta conocer, aunque sea en forma rudimentaria, la psicología del campesino, para comprender que no será en España donde esa institución eche raíces; el feroz individualismo que reina en nuestros campos—y que sólo una larga etapa de cultura domará—es una garantía de ello.

Y es ahora, ahora que a todo el proletariado español quiere extenderse los beneficios del retiro obrero, una magnífica ocasión para laborar en pro del obrero agrario, adaptando el retiro a las necesidades del obrero campesino, de esos seres desdichados que pasan la vida entera encorvados sobre la esteva y la azada, avizorando anhelosos el momento en que puedan llamar *suyo* a un trozo de aquel suelo ingrato, suprema dicha para ellos. ¿Que cómo? No somos nosotros los más llamados a proponer el modo y la forma de ello; discípulos ilustres de Costa hay, algunos de ellos consejeros del Instituto Nacional de Previsión, a quienes se les presenta un excelente motivo para llevar a la práctica una de las ideas más queridas del *león* de Graus. Pero no queremos que falte nuestro grano de arena, y allá va.

Es sabido que el vigor físico del obrero, y consecuentemente su valor en cambio—¿aún subsiste el trabajo-mercancía!—, decae años antes, de diez a quince por término medio, de poder gozar de los beneficios del retiro. Y en este tiempo intermedio es cuando ha de sufrir doloroso calvario, trabajando en la sementera y en estío únicamente, y formando el resto del año en el ejército miserable de los sintrabajo, de *solanero*, como dicen por acá. En este momento es cuando debe entrar el retiro agrario, proporcionándole fincas, sin exceder de tres hectáreas, en las que él encuentre el suplemento de salario perdido en las luchas con los más jóvenes. Estas fincas, que formarán parte de los propios del pueblo, deberán estar inmediatas a él, y, a ser posible, de fácil regadío. En cuanto al modo de apropiarse el municipio estas fincas ya lo hemos expuesto otro día en estas columnas (1): facultándole para retraer hasta el 20 por 100 en cada venta de fincas de su tér-

mino municipal que se efectúe, dentro de un límite determinado, y haciéndole concurrir, con idéntica finalidad y con el mismo límite, en las herencias abintestato y testamentarias que pasen del tercer grado. El obrero que empiece a gozar del retiro obligatorio, y se halle en condiciones de seguir usufructuándolas, deberá satisfacer un pequeño canon, con lo que se resarcirá el municipio de los desembolsos hechos para su compra, si por este medio las hubiere adquirido.

Y no queremos entrar en más pormenores; sería ya cuestión de detalle que en nada alteraría lo substancial del pensamiento. Lo esencial, lo indispensable, es laborar febrilmente, incesantemente, por la clase más trabajadora y más sufrida de España; por el colono que sobre sus hombros robustos sostiene la carga inmen-

sa de un país en descomposición; por quien, día tras día, en invierno y en verano, en primavera y en otoño, trabaja sin descanso—rutinariamente, es verdad, porque otra cosa no le enseñaron—; por lo que, dígase lo que se diga, es la única y positiva riqueza del país.

Piensen el Sr. Maluquer y demás compañeros del Instituto de Previsión—y cuya opinión individual, tan valiosa, deseáramos conocer—en la justicia de nuestras peticiones; piensen los políticos en la urgencia de la reforma agraria, de la cual lo que pedimos es sólo un aspecto. Mirad que amenaza estallar el incendio. Y nuestra propuesta no es más que una débil queja, que no un rugido, del león hispano que empieza a desperezarse en pleno siglo veinte.

Villanueva del Aceral, octubre.

## TERCER SALÓN DE OTOÑO

Apenas si la gente se ha enterado de que hay una Exposición de pintura y escultura abierta en el Retiro. Poco se ha dicho de ella. Verdad que no hay mucho que decir.

En Madrid falta esa exuberancia artística llena de luchas de entusiasmos y de afán de renovación que exige, como en París, una o varias manifestaciones públicas de arte, anuales, distintas de los concursos del Estado, donde se acojan independencias y rebeldías—lo que pudiéramos llamar el arte de combate—, siempre fecundas.

Aquí no hay nada de esto. Los salones de otoño son un remedo de las exposiciones nacionales, y éstas ya sabemos lo que son. La misma etiqueta, el mismo frío academizante, idéntica vulgaridad reina en un sitio que en otro. ¡Y soñábamos con un Salón de independientes! ¡Y creíamos que era lo que únicamente faltaba para dar expansión a la libre genialidad de nuestros artistas! La práctica ha venido a dar la razón a los pesimistas que afirman la penuria ideológica de nuestra grey del arte. No hay independientes... ¿Cómo ha de haber salones de independencia? Desde el primer Salón otoñal se ha venido en franco declive hasta el presente, que más que Salón es un modesto gabinete de casa de huéspedes.

La culpa en realidad es de todos. A todos alcanza. A los profesionales, al público, a los organizadores y al fatalismo del momento, que no deja respirar el aire de la plaza al genio oculto y renovador, si es que existe. Los organizadores, poco cautos, no han sabido «hacer ambiente» entre los profesionales, creyendo sin duda que basta querer una Exposición para conseguirla. Y no es esto. Evidentemente no es esto. Cuando se dispone de una fuerza de carácter *ya* tutelar, como la Asociación de Pintores y Escultores, es necesario saber emplearla, estudiar y conocer los elementos con que se

cuenta, reforzarlos si son escasos o débiles y actuar constantemente como estímulo y guía en la esfera profesional. Claro que para esto es preciso tener autoridad y solvencia artística, cualidades que no abundan, por cierto, en la Directiva de Pintores y Escultores... Si no hay medios, lo mejor es no hacer nada. Es preferible. El fracaso rotundo del tercer Salón de otoño (fracaso que comienza en el cartel anunciador, verdadera vergüenza para quienes lo consintieron) lo demuestra.

La obra italiana expuesta, pomposamente bautizada con el título de «Arte italiano», es reducida y mediocre. No representa a la pintura italiana porque faltan todos o casi todos los maestros de ella, ni revela sus corrientes actuales, ni, por lo tanto, es severa, merecedora de importación. Morelli, el más importante de los italianos que se exhiben, es un pintor que tuvo su época (en Italia), más que por su valor intrínseco, por lo que significaba de reacción antiacadémica allá por los años 60 a 75 del siglo pasado. Sus cuadros de transición, que serían los únicos verdaderamente interesantes. «Tasso y Leonor», «Los iconoclastas» y la famosa «Mañana florentina» (éxitos en la Universal de París, de 1867), por ejemplo, no figuran en el Salón de Otoño. De Palizzi y Celentano, también pertenecientes al grupo de Nápoles, sólo vemos tres o cuatro notas sin importancia. Mancini ni ayer, ni hoy, ni nunca, pasará de ser un artista de segunda o tercera fila. Su pintura es blanda, fría, cerrada, a pesar de su apariencia libre y desprovista de vibración luminosa, a pesar de la cantidad de color. Los italianos, pues, no han añadido un ápice de novedad al concurso.

Los españoles, altamente medallados, brillan por su ausencia, con la sola excepción de Solana. Parece que como en esta feria de otoño no hay ministro por medio, ni probabi-

(1) Vid. núm. 335 de ESPAÑA.